

NOVALIS

HIMNOS A LA NOCHE



Contrastando con el carácter transparente, específicamente popular de la lírica romántica alemana, aparecen estrenando siglo, en 1800, los *Himnos a la Noche* de Novalis, versos filosóficos, místicos, oscuros como la noche, su destinataria.

Los seis poemas que componen los *Himnos...* son la única obra consumada de Novalis, el malogrado poeta desaparecido en plena juventud por la galopante enfermedad romántica: la tuberculosis. Sería esta enfermedad también la causante de la muerte de su amada, la casi niña todavía Sophie von Kühn, musa del poeta. El 13 de mayo de 1797, dos meses después de la muerte de Sophie, se produjo un acontecimiento: Novalis se encontraba en el cementerio de Grüningen cuando creyó ver aparecer el espectro de su amada. Ese reencuentro reveló el camino al poeta y le indujo a escribir esos hermosos versos que exaltan apasionadamente la noche.

Los himnos a la noche son básicos para entender buena parte del pensamiento novaliano. Su lectura, difícil y ardua, nos acercará al conocimiento y a la comprensión de algunos de los elementos fundamentales de la estética del primer romanticismo y, principalmente, de esa tan clara oposición entre el día (la vida) y la noche (la muerte). Como toda poesía, en Novalis también está presente el juego simbólico, el lenguaje elaborado y las asociaciones que, aparentemente, parecen inconexas o fuera de lugar; no obstante, la lectura de sus versos nos sumerge en el sentimiento íntimo del poeta, en la misteriosa y profunda noche, en los sueños, allá donde la imaginación se deja llevar hacia el infinito, incontrolable, para alcanzar un mundo eterno.

1

¿Qué ser vivo, dotado de sentidos, no ama,
por encima de todas las maravillas del espacio que
lo envuelve,
a la que todo lo alegra, la Luz
—con sus colores, sus rayos y sus ondas; su dulce
omnipresencia—,
cuando ella es el alba que despunta?
Como el más profundo aliento de la vida
la respira el mundo gigantesco de los astros,
que flotan, en danza sin reposo, por sus mares azu-
les,
la respira la piedra, centelleante y en eterno reposo,
la respira la planta, meditativa, sorbiendo la vida de
la Tierra,
y el salvaje y ardiente animal multiforme,
pero, más que todos ellos, la respira el egregio Ex-
tranjero,
de ojos pensativos y andar flotante,
de labios dulcemente cerrados y llenos de música.
Lo mismo que un rey de la Naturaleza terrestre,
la Luz concita todas las fuerzas a cambios innúmeros,
ata y desata vínculos sin fin, envuelve todo ser de la
Tierra con su imagen celeste.
Su sola presencia abre la maravilla de los imperios
del mundo.

Pero me vuelvo hacia el valle,
a la sacra, indecible, misteriosa Noche.

Lejos yace el mundo —sumido en una profunda gruta—
desierta y solitaria es su estancia.
Por las cuerdas del pecho sopla profunda tristeza.
En gotas de rocío quiero hundirme y mezclarme con
la ceniza.
—Lejanías del recuerdo, deseos de la juventud, sue-
ños de la niñez,
breves alegrías de una larga vida,
vanas esperanzas se acercan en grises ropajes,
como niebla del atardecer tras la puesta del Sol—.
En otros espacios abrió la Luz sus bulliciosas tiendas.
¿No tenía que volver con sus hijos,
con los que esperaban su retorno con la fe de la ino-
cencia?

¿Qué es lo que, de repente, tan lleno de presagios,
brota en el fondo del corazón y sorbe la brisa
suave de la melancolía?
¿Te complaces también en nosotros, Noche obscu-
ra?
¿Qué es lo que ocultas bajo tu manto, que, con fuer-
za invisible, toca mi alma?
Un bálsamo precioso destila de tu mano,
como de un haz de adormideras.
Por ti levantan el vuelo las pesadas alas del espíritu.
Obscuramente, inefablemente nos sentimos movi-
dos
—alegre y asustado, veo ante mí un rostro grave,
un rostro que dulce y piadoso se inclina hacia mí,
y, entre la infinita maraña de sus rizos,
reconozco la dulce juventud de la Madre—.
¡Qué pobre y pequeña me parece ahora la Luz!
¡Qué alegre y bendita la despedida del día!
Así, sólo porque la Noche aleja de ti a tus servidores,
por esto sólo sembraste en las inmensidades del es-
pacio las esferas luminosas,

*para que pregonaran tu omnipotencia —tu regreso
— durante el tiempo de tu ausencia.*

*Más celestes que aquellas centelleantes estrellas
nos parecen los ojos infinitos que abrió la Noche en
nosotros.*

*Más lejos ven ellos que los ojos blancos y pálidos de
aquellos incontables ejércitos*

*—sin necesitar la Luz,
ellos penetran las honduras de un espíritu que ama*

*—
y esto llena de indecible delicia un espacio más alto.*

Gloria a la Reina del mundo,

a la gran anunciadora de Universos sagrados,

a la tuteladora del Amor dichoso

*—ella te envía hacia mí, tierna amada, dulce y ama-
ble Sol de la Noche—*

ahora permanezco despierto

—porque soy Tuyo y soy Mío^[]*

tú me has anunciado la Noche: ella es ahora mi vida

—tú me has hecho hombre—

que el ardor del espíritu devore mi cuerpo,

*que, convertido en aire, me una y me disuelva conti-
go íntimamente*

y así va a ser eterna nuestra Noche de bodas.

2

*¿Tiene que volver siempre la mañana?
¿No acabará jamás el poder de la Tierra?
Siniestra agitación devora las alas de la Noche que
llega.
¿No va a arder jamás para siempre la víctima secreta
del Amor?
Los días de la Luz están contados;
pero fuera del tiempo y del espacio está el imperio
de la Noche.
—El Sueño dura eternamente. Sagrado Sueño.—
No escatimes la felicidad
a los que en esta jornada terrena se han consagrado
a la Noche.
Solamente los locos te desconocen, y no saben del
Sueño,
de esta sombra que tu, compasiva,
en aquel crepúsculo de la verdadera Noche
arrojas sobre nosotros.
Ellos no te sienten en las doradas aguas de las uvas,
en el maravilloso aceite del almendro
y en el pardo jugo de la adormidera.
Ellos no saben que tú eres
la que envuelves los pechos de la tierna muchacha
y conviertes su seno en un cielo,
ellos ni barruntan siquiera
que tú,
viniendo de antiguas historias,
sales a nuestro encuentro abriéndonos el Cielo*

*y trayendo la llave de las moradas de los bienaventurados,
de los silenciosos mensajeros de infinitos misterios.*

3

Antaño,
cuando yo derramaba amargas lágrimas;
cuando, disuelto en dolor, se desvanecía mi esperanza;
cuando estaba en la estéril colina,
que, en angosto y oscuro lugar albergaba la imagen de mí
—solo, como jamás estuvo nunca un solitario,
hostigado por un miedo indecible—
sin fuerzas, pensamiento de la miseria sólo.
Cuando entonces buscaba auxilio por un lado y por otro
—avanzar no podía, retroceder tampoco—
y un anhelo infinito me ataba a la vida apagada que huía:
entonces, de horizontes lejanos azules
—de las cimas de mi antigua beatitud—,
llegó un escalofrío de crepúsculo,
y, de repente, se rompió el vínculo del nacimiento,
se rompieron las cadenas de la Luz.
Huyó la maravilla de la Tierra, y huyó con ella mi tristeza
—la melancolía se fundió en un mundo nuevo, insondable
ebriedad de la Noche, Sueño del Cielo—,
tú viniste sobre mí
el paisaje se fue levantando dulcemente;
sobre el paisaje, suspendido en el aire, flotaba mi espíritu,

*libre de ataduras, nacido de nuevo.
En nube de polvo se convirtió la colina,
a través de la nube vi los rasgos glorificados de la
Amada
—en sus ojos descansaba la eternidad—.
Cogí sus manos, y las lágrimas se hicieron un vínculo
centelleante, indestructible.
Pasaron milenios huyendo a la lejanía, como huraca-
nes.
Apoyado en su hombro lloré;
lloré lágrimas de encanto para la nueva vida.
—Fue el primero, el único Sueño.—
Y desde entonces,
desde entonces sólo,
siento una fe eterna, una inmutable confianza en el
Cielo de la Noche,
y en la Luz de este Cielo: la Amada.*

4

*Ahora sé cuándo será la última mañana
—cuándo la Luz dejará de ahuyentar la Noche y el
Amor—
cuándo el sueño será eterno y será solamente Una
Visión inagotable,
un Sueño.*

*Celeste cansancio siento en mí:
larga y fatigosa fue mi peregrinación al Santo Sepul-
cro, pesada, la cruz.*

*La ola cristalina,
al sentido ordinario imperceptible,
brota en el obscuro seno de la colina,
a sus pies rompe la terrestre corriente,
quien ha gustado de ella,
quien ha estado en el monte que separa los dos rei-
nos
y ha mirado al otro lado, al mundo nuevo, a la mora-
da de la Noche
—en verdad—, éste ya no regresa a la agitación del
mundo,
al país en el que anida la Luz en eterna inquietud.*

Arriba se construyen cabañas, cabañas de paz^[],
anhela y ama, mira al otro lado,
hasta que la más esperada de todas las horas le hace
descender
y le lleva al lugar donde mana la fuente,
sobre él flota lo terreno^[*],*

las tormentas lo llevan de nuevo a la cumbre,
pero lo que el toque del Amor santificó
fluye disuelto por ocultas galerías,
al reino del más allá,
donde, como perfumes,
se mezcla con los amados que duermen en lo
eterno.

Todavía despiertas,
viva Luz,
al cansado y le llamas al trabajo
—me infundes alegre vida—
pero tu seducción no es capaz de sacarme
del musgoso monumento del recuerdo.
Con placer moveré mis manos laboriosas,
miraré a todas partes adonde tú me llames
—glorificaré la gran magnificencia de tu brillo—,
iré en pos, incansable, del hermoso entramado de
tus obras de arte
—contemplaré la sabia andadura de tu inmenso y lu-
ciente reloj—,
escudriñaré el equilibrio de las fuerzas
que rigen el maravilloso juego de los espacios, innú-
meros, con sus tiempos.
Pero mi corazón, en secreto,
permanece fiel a la Noche,
y fiel a su hijo, el Amor creador.
¿Puedes tú ofrecerme un corazón eternamente fiel?
¿Tiene tu Sol ojos amorosos que me reconozcan?
¿Puede mi mano ansiosa alcanzar tus estrellas?
¿Me van a devolver ellas el tierno apretón y una pa-
labra amable?
¿Eres tú quien la ha adornado con colores y un leve
contorno,
o fue Ella la que ha dado a tus galas un sentido más
alto y más dulce?
¿Qué deleite, qué placer ofrece tu Vida

que suscite y levante los éxtasis de la muerte?
¿No lleva todo lo que nos entusiasma el color de la
Noche?

Ella te lleva a ti como una madre y tú le debes a ella
todo tu esplendor.

Tú te hubieras disuelto en ti misma,
te hubieras evaporado en los espacios infinitos,
si ella no te hubiera sostenido,
no te hubiera ceñido con sus lazos para que naciera
en ti el calor

y para que, con tus llamas, engendraras el mundo.
En verdad, yo existía antes de que tú existieras,
la Madre me mandó, con mis hermanos,
a que poblara el mundo,
a que lo santificara por el Amor,
para que el Universo se convirtiera
en un monumento de eterna contemplación
—me mandó a que plantara en él flores inmarcesibles—.

Pero aún no maduraron estos divinos pensamientos.
—Son pocas todavía las huellas de nuestra revelación.—

Un día tu reloj marcará el fin de los tiempos,
cuando tú seas una como nosotros,
y, desbordante de anhelo y de fervor,
te apagues y te mueras.

En mí siento llegar el fin de tu agitación
—celeste libertad, bienaventurado regreso—.

Mis terribles dolores me hacen ver que estás lejos
todavía de nuestra patria;

veo que te resistes al Cielo, magnífico y antiguo.

Pero es inútil tu furia y tu delirio.

He aquí, levantada, la Cruz, la Cruz que jamás arderá
—victorioso estandarte de nuestro linaje—.

Camino al otro lado,
y sé que cada pena

va a ser el aguijón
de un placer infinito.
Todavía algún tiempo,
y seré liberado,
yaceré embriagado
en brazos del Amor.
La vida infinita
bulle dentro de mí:
de lo alto yo miro,
me asomo hacia ti.
En aquella colina
tu brillo palidece,
y una sombra te ofrece
una fresca corona.
¡Oh, Bienamada, aspira
mi ser todo hacia ti;
así podré amar,
así podré morir!
Ya siento de la muerte
olas de juventud:
en bálsamo y en éter
mi sangre se convierte.
Vivo durante el día
lleno de fe y de valor,
y por la Noche muero
presa de un santo ardor.

5

*Sobre los amplios linajes del hombre reinaba,
hace siglos, con mudo poder,
un destino de hierro:
Pesada, obscura venda envolvía su alma temerosa.
La tierra era infinita, morada y patria de los dioses.
Desde la eternidad estuvo en pie su misteriosa ar-
quitectura.
Sobre los rojos montes de Oriente, en el sagrado
seno de la mar,
moraba el Sol, la Luz viva que todo lo inflama.
Un viejo gigante^[*] llevaba en sus hombros el mundo
feliz.
Encerrados bajo las montañas yacían los hijos prime-
ros de la madre Tierra.
Impotentes en su furor destructor contra la nueva y
magnífica estirpe de Dios
y la de sus allegados, los hombres alegres.
La sima obscura y verde del mar, el seno de una dio-
sa.
En las grutas cristalinas retozaba un pueblo próspero
y feliz.
Ríos y árboles, animales y flores tenían sentido hu-
mano.
Dulce era el vino, servido por la plenitud visible de
los jóvenes,
un dios en las uvas,
una diosa, amante y maternal,
creciendo hacia el cielo en plenitud y el oro de la es-
piga,*

la sagrada ebriedad del Amor, un dulce culto a la
 más bella de las diosas,
eterna, polícroma fiesta de los hijos del cielo y de los
 moradores de la Tierra,
pasaba, rumorosa, la vida,
como una primavera, a través de los siglos.
Todas las generaciones veneraban con fervor infantil
 la tierna llama,
la llama de mil formas, como lo supremo del mundo.
Un pensamiento sólo fue, una espantosa imagen vis-
ta en sueños.

Terrible se acercó a la alegre mesa,
y envolvió el alma en salvaje pavor;
ni los dioses supieron consolar
el pecho acongojado de tristeza.
Por sendas misteriosas llegó el Mal;
a su furor fue inútil toda súplica.
Era la muerte, que el bello festín
interrumpía con dolor y lágrimas.

Entonces, separado para siempre
de lo que alegra aquí el corazón,
lejos de los amigos, que en la Tierra
sufren nostalgia y dolores sin fin,
parecía que el muerto conocía
sólo un pesado sueño, una lucha impoten-
te.

La ola de la alegría se rompió
contra la roca de un tedio infinito.

Espíritu osado y ardiente sentido,
el hombre embelleció la horrible larva;
un tierno adolescente apaga la Luz y duer-
me,
dulce Tierra, como viento en el arpa,
el recuerdo se funde en los ríos de sombra,